

# Los Impostores, la Simulación y el Psicoanálisis

Por ENRIQUE GUARNER

**L**A diferencia entre el impostor y el simulador reside que en el primero al asumir su YO papeles grandiosos reacciona buscando su propio beneficio. Por otra parte el simulador se constituye en un síntoma a través del cual se pretende una incapacidad corporal que evita el deber o un trabajo, obteniendo concesiones.

Desde la antigüedad los griegos describían a sujetos que eludían el servicio militar al fingirse enfermos. El acto era perseguido por la ley y se exhibía públicamente al simulador ataviado con ropas femeninas. En el siglo II de nuestra era, Galeno escribió un ensayo al que intituló "Sobre la falsedad de los males y la manera de detectarlos". El autor describía a los conscriptos romanos que se cortaban dedos para no ir a la guerra. Asimismo relataba el caso de un esclavo que

se aplicó "tapsia" o sea, un derivado de la morfina con el objeto de inflamarse las rodillas eludiendo el trabajo al que lo sometían sus amos. Galeno denominó a estos trastornos "pantomimas", las cuales serían imitación de las patologías de la época.

En uno de los tomos de "Cirugía" que Ambroise Paré publicó en 1768 menciona que los mendigos de París solían masticar jabón para que les saliera espuma de la boca durante los ataques epilépticos que fingían. Con ello despertaban la ayuda de los ricos.

Podría afirmarse de una manera general que el interés hacia los casos de simulación se incrementa a lo largo de las guerras y es por esta razón por la que una mayoría de los trabajos sobre el tema han sido elaborados por médicos militares de Alemania, Inglaterra o Norteamérica. La literatura germana durante la primera guerra mundial está llena de prejuicios atri-

buyendo principalmente el mal a los habitantes de la Lorena y la Alsacia.

Resulta curioso el que un futuro psicoanalista como Karl Jung publicara en 1903 una estadística sobre el número de admisiones a la clínica de enfermos mentales de Zurich, mejor conocida como Burgholzi. De acuerdo con este autor la simulación representaba el 0.15% de 8,430 casos. Sin embargo, añadía que las condiciones para establecer el diagnóstico dependían de las experiencias anteriores que hubiera tenido el psiquiatra.

Según Jung, las personas que más tienden a la simulación son los psicópatas quienes muestran un excesivo egocentrismo y suelen actuar con extrema frialdad. Ellos consideran que el mundo está obligado a mantenerlos y no tienen mayor interés de enfrentarse a la realidad. Inventan toda clase de procedimientos para evitarla y el hospital resulta un campo propi-

cio para su refugio, porque el personal los llena de atenciones, permitiéndoles evadir las responsabilidades que impone la vida.

Dentro de los innumerables síntomas a los que recurren los simuladores debemos citar: 1) dolores difusos de cabeza, 2) anorexia o falta de apetito y molestias gástricas de carácter inespecífico, 3) aflicciones en la espalda, 4) palpitations y constricción en el pecho, 5) dificultad para respirar y caricaturas de ataques asmáticos, 6) parálisis de miembros, 7) convulsiones, 8) náuseas, 9) mareos, 10) trabas al caminar, 11) mutilaciones, 12) imitación de un cuadro esquizofrénico, etc. En otras palabras, las alteraciones varían de tal manera que pueden semejarse a cualquiera de las patologías conocidas. Es por ello que el célebre neurólogo Jean Martin Charcot, quien fuera maestro de Freud, señalaba: "Estoy forzado a decir que

en mi opinión la idea de la simulación suele basarse en el hecho de la ignorancia de los médicos que se confunden por falta de precisión en el descubrimiento del cuadro clínico".

Un punto esencial es el de establecer el diagnóstico diferencial entre los simuladores y los histéricos. Los primeros no hacen mayor esfuerzo en producir sus síntomas y poseen conciencia de su origen. Además demuestran un cierto cinismo en cuanto a sus aflicciones actuando defensivamente o explotando violentamente al confrontarlos y evitan los exámenes físicos.

Por el contrario, las histéricas somatizan de manera inconsciente y gozan cuando son inspeccionadas por los médicos. Es más, hasta pueden prestarse a intervenciones quirúrgicas. Ely Robbins en el Hospital Barnes realizó un trabajo en el que tomó en cuenta el número de operaciones por los que pasaba una persona

"normal" comparándola con una histérica y vio que ellas se sometían a cuatro por una sola del grupo control.

## Los impostores

Como señalábamos al principio, el problema del impostor abarca a la totalidad de su estructura mental y se vuelve su forma acotada de actuar. Es decir, acuden a representarse absolutamente con su ideal del YO, el cual no guarda relación con la realidad en la que debiera vivir.

Uno de los impostores más conocidos en la historia fue el conde Alexandro Cagliostro quien naciera en Palermo en 1743. Su verdadero nombre era Giuseppe Balramo y se conoce poco de su vida temprana excepto de un periodo que pasó en el monasterio de Benfratelli, donde aprendió los rudimentos de química. De allí fue expulsado y posteriormente viajó a Egipto, Arabia y Persia. También estuvo en la isla de Rodas

donde estudió los fundamentos de la alquimia y magia que le resultaron tan útiles en su carrera.

En 1778 arribó a la isla de Malta donde se presentó como el conde Cagliostro y obtuvo la amistad de los aristócratas y sus éxitos al transmutar los metales en oro le abrieron las puertas de Italia. En Roma se casó con Lorenza Feliciano y a partir de entonces se dedicó a transitar por toda Europa en un carruaje dorado haciéndose pasar por el Maestro Supremo de la Masonería Egipcia. En París y en Londres vendía filtros de amor y realizaba experimentos fraguando oro. Pronto surgieron acusaciones de fraude, pero la influencia del conde con los poderosos lo libraban de los tribunales.

En 1785 Cagliostro se vio implicado en el famoso incidente del collar para María Antonieta. Este se constituyó en uno de los episodios más escandalosos previos a la Revolución Francesa y tuvo que huir de París. Finalmente en 1789 Alexandro fue encarcelado en Roma muriendo en prisión en 1795.

Otro caso de un impostor lo constituyó el barón Karl Friedrich Munhausen

de Hanover, quien se caracterizó por contar aventuras absurdas y carentes de veracidad alrededor de su actuación en la guerra germano-turca que ocurriera entre los años 1737 hasta 1739.

Un caso más reciente de charlatanería fue el de Uri Geller quien por medio de su increíble poder mental (?) pretendía reparar cualquier utensilio averiado y también doblaba el mango de una cuchara o tenedor. Este impostor llegó a ser idolatrado por la esposa de nuestro Presidente. Sin embargo, el periodista norteamericano John Carso lo desenmascaró al invitarlo a su programa "Tonight Show" colocándole sobre una mesa alrededor de una veintena de deteriorados relojes y numerosas cucharas; pero el famoso Uri Geller se negó a actuar argumentando que esa noche no estaba en trance.

Recuerdo que por aquella misma época se puso de moda un cirujano filipino que realizaba todo tipo de intervenciones quirúrgicas sin siquiera incidir la piel de sus pacientes. Lógicamente se descubrió el truco porque se trataba simplemente de aplastar contra el tegumento el órgano de un

pollo muerto recientemente. Al estrujarlo y mover a velocidad las manos se producía un sangrado sobre la región que en apariencia era operada.

En realidad, la mayoría de los impostores rechazan al mundo externo y viven situaciones imaginarias que aumentan su amor propio. Las mentiras así como sus habilidades que les dan éxito hace que suplanten o se tornen en personajes fantásticos. La desfiguración consciente de los hechos, así como el engaño intencionado se constituye en el punto de partida para que abandonen sus propias experiencias fatalmente carentes de emociones y magnifiquen otra existencia donde son los amos.

El diagnóstico de los impostores resulta difícil porque si se producen enormes deformaciones de la realidad podemos pensar en la paranoia, en tanto que si predominan las fabulaciones nos inclinamos por la histeria.

Podemos concluir, que tanto los impostores como aquellos que simulan persiguen siempre su provecho material encontrando con la farsa una satisfacción vanidosa.